CIERTO LECTOR DE SCHOLEM

*José Mariano Leyva**

Este relato comienza con una reunión. Tres personas deseaban ayudar a una cuarta. Los últimos días —que ya sumaban meses—, la vida no se había portado muy bien con Luis. Un divorcio. Una hija de por medio. El exilio de su casa y de toda una vida que Luis imaginaba segura, inamovible. Certera.

Para ayudar, Celina, Emilio y Gina aplicaron una máxima bien conocida: los poderes curativos de los viajes. Si es imposible esquivar los lances de la realidad, es permisible curar los moretones de sus golpes. Alejarse de las ofensivas. Entonces, más que proponerle, obligaron a Luis a acompañarlos. El sitio: un minúsculo pueblo en medio de una sierra que ni era místico, ni ofrecía turismo alternativo. El mayor atractivo del poblado tampoco eran sus dimensiones: si un perezoso caminante deseaba recorrer de punta a punta la villa, terminaría su tarea en menos de diez minutos. Pero ese lugar era perfecto para los propósitos del cuarteto. Un viaje que culmina en encerrona para permitir otro tipo de viaje. Tal vez más recóndito, tal vez más punzante. La intensidad que se inventa, no que se espera. Y además, en ese pueblo los padres de Emilio tenían una casa. Eran suficientes incentivos.

A las siete de la mañana de un viernes, los cuatro quedaron de verse en el recién adquirido departamento de Luis. Luis era un escritor en

* Escritor.

JOSÉ MARIANO LEYVA

ciernes. Cuando la vida era otra, llena de certidumbres, solía aprovechar esas salidas para obtener ideas que luego se transformaban en narrativa, o al menos ésa era la idea. Escapatorias de la rutina que hicieran mella en la creatividad. Deshacerse de los demonios cotidianos. Y ahora que su vida emulaba al caos, la escritura no llegaba. Cualquier intención de ficción era manchada por la realidad inmediata. La ausencia de su hija. La rabia contra su ex-mujer. La tristeza de las voluntades rotas. El caos, concluía Luis, no era el estado ideal para crear.

Salieron en el coche de Celina, con ella al volante. La música respondía a una elección consensuada que tenía sobre todo una directriz: hurgar en el pasado. Música de los ochenta, de los noventa. Todos tenían esa obsesión generacional por recordar con entusiasmo. Por evadir el desastre del presente con la cursilería de sus propias adolescencias. La huída, creía Luis, iba a ser la nota de ese fin de semana. Dentro del coche, el ambiente estaba anegado por la emoción que provoca la incertidumbre. Una temprana mañana que al frío añade la alegría que supone dejar atrás tanto cemento. Dos horas más tarde, el único vestigio de civilización que veían era la carretera por la que transitaban.

154 Luis estaba convencido de que ése era el mejor momento de los viajes. Los planes apenas fraguando, endebles como niños, cuando todo está por venir. Sin decepciones. Cuando aún no se ha vivido un solo minuto de aquello que se planeó. Una vez en el lugar, cuando ya se conoce la habitación del hotel con ese cuadro horrendo, o el baño con esa regadera colmada de fugas, entonces el sortilegio desaparece.

Pero la casa superaba las expectativas de cualquiera. Situada, casi sin remedio, en las afueras del pueblo, estaba rodeada de pinos y de elipsis. Un pequeño río que se podía ver desde el segundo piso. Era una casa con techo de doble agua, tres habitaciones y una sala enorme con una chimenea circular provista de una campana de cobre. La ausencia de actividades significaba que los invitados debían crear su propio programa o morir de aburrición. Pero los tres amigos lo habían planeado justo así. Aquello no sería una evasión, tendría más el sabor de la confrontación. Un “hasta aquí” que le dirían Luis con mucho cariño, pero también con cierta firmeza.

Buena parte de ese día lo gastaron instalándose. Al caer la tarde, los cinco se sentaron en la sala y destaparon algunas botellas. La chimenea se prendió. Las caras se iluminaron. El aquelarre daba inicio. La plática sin sentido, cargada de ironías, fue cediendo terreno. Cuando el tono y semblante parecían los correctos, Gina, aludiendo a la profesión de escritor de Luis, le pidió que contara una historia más concreta. Luis fingió una risa que estaba llena de molestia. Se incorporó, estaba a punto de decir algo.

Viendo que planeaba una huida, Celina lo atajó:

– Sí. Una historia. Hace mucho que no nos concedes una historia.

La incomodidad fue el sentimiento único de Luis. Ellos sabían qué le había pasado. Sabían que le resultaba imposible pensar en algo más que no fuera su hija, su vida y...

– Algo que no tenga que ver contigo –avanzó Celina, como metiéndose en la cabeza de Luis–, que te dé unas vacaciones.

– No me hagan esto –casi suplicó Luis. Era como si le pidieran a un sordo oír–, lo he intentado pero no puedo. Ustedes saben que mi estado de ánimo...

– Entonces no recurras al estado de ánimo –señaló tajante Emilio–, refúgiate en algo más. Reduce tu compasión. Nadie te está pidiendo que hagas una historia de tu realidad: inventa una alterna, que nada tenga que ver contigo.

Luis comenzó a rebuscar en su cabeza algún argumento. Algo distante que, en efecto, nada tuviera que ver con él. Vio las caras de Gina, Celina y Emilio. Éste último lo veía con bravuconería. Fue el detonante. Él les enseñaría. Comenzó a ignorar su drama personal para imaginar uno más grave. Una historia con una calamidad más espinosa. Algo serio y que además estuviera lejos, fuera de su orbe y tiempo. Como escuchar una canción de 1984 en el 2010.

La tarea de narrar no era ociosa. Todo lo contrario. Era como Gershom Scholem lo contaba. Una generación de hombres se sienta alrededor del fuego. Meditan y llegan a las oraciones. Entonces sus plegarias se cumplían. Años después, sus hijos se sientan. No pueden encender el fuego, pero dicen las oraciones. Sus plegarias también se cumplen. Final-

JOSÉ MARIANO LEYVA

mente llegan los nietos. No hay fuego. Las oraciones se han olvidado. Pero pueden contar la historia. Y el acto de narrarla tiene exactamente el mismo efecto. Las plegarias se cumplen una vez más.

Se ahuyenta la miseria. Las palabras nos describen y nos reinventan, a pesar de la realidad. Luis sacó el ánimo que faltaba de esta cadena de pensamientos. Se lanzó a contar la historia. Lejana, ajena, del pasado. Una historia que ocurre alrededor de los años treinta, les dijo a sus amigos. En las faldas de una inmensa montaña nevada. Una historia de tres deportistas: dos mujeres y un hombre. Luis ya imaginaba la tensión entre sus personajes. Ya se iba olvidando de sí mismo

*

El frío se sentía como una desastrosa presencia. Sutil, pero irremediable. La nieve había rebasado sus límites para llegar hasta los pueblos cercanos. A los pueblos cercanos, por cierto, les tenía sin cuidado. Los tres alpinistas no escucharon consejos. El motor de su aventura funcionaba con la gasolina de la obstinación. Probarse a sí mismos. Y también escabullirse. Pasaron la primera noche en un albergue que poco tiene que ver con esta casa, con esta chimenea. Era bastante más sencillo. Tampoco había ginebra. Lo que sí había era la suspendida sensación de lo inevitable. De arriesgarse sin que haya una verdadera necesidad.

A la mañana siguiente, los tres tomaron su equipo. Nada que ver con ligeras piezas de grafito. Hierro pesado e incluso algunos instrumentos tallados en roble eran el sello del alpinismo de su época. Salieron del albergue y comenzaron a ascender. La nieve sucia, mancillada, comenzó a ser otra. Cada vez menos rastros humanos. Algunas horas más tarde, ya era inmaculada. Demasiado blanca. A pesar de que el sol se encontraba cubierto, la resolana los obligaba a entrecerrar los ojos, a enfocarlos solamente en el compañero que tenían delante.

El líder del grupo, Leonardo, tenía un secreto infalible: sentir dolor. ¿Cómo sabía que en efecto se encontraba en el rumbo correcto, siempre ascendiendo? Por el dolor. En cuanto el dolor de los músculos de sus piernas cedía, significaba que estaba ladeando la montaña. Entonces,

sacaba su brújula y se volvía a orientar. Sabía que con el procedimiento tocaba los acordes de la perversión, pero era infalible. Con eso bastaba.

Después de algunas horas de escalada decidieron hacer un alto. Se sentaron. Comieron. Nadie hablaba. Entre bocado y bocado aprovechaban para recuperar el aliento. Por alguna razón parecía que la huida no estaba funcionando. Era como si los padecimientos no tuvieran su origen en lo que habían dejado atrás. Como si estuvieran ahí acompañándolos, comiendo con ellos. Tal vez creándolos a ellos mismos como si fueran personajes. Inevitables. Crueles. Ellos también como síntoma de una perversión.

Leonardo esperaba que la perversión del dolor físico fuera más vigorosa. Que la huida se pudiera consumir.

Vacaciones de mí misma, pensó una de las mujeres.

Después de haber inspeccionado los alrededores, el hombre dijo:

– Parece que va a haber tormenta–, el anuncio fue hecho con solemnidad. Las mujeres se miraron. Una de ellas, Marcela, preguntó con timidez:

– ¿Regresamos?

Laura, la otra mujer, se sobresaltó. El regreso sería peor que la evasión naufragada. La decisión de estar ahí le había costado la enemistad de su padre. El rechazo de varias amigas. La esperanza quebrada de su madre. También algo mucho más grave. Laura era una de las primeras alpinistas de México. Pero esa actividad sólo formaba parte de una intención mayor. Laura quería reinventar su condición de mujer. La palabra “feminismo” asustaba a demasiados. Aunque también era cierto que bajo ese término se habían realizado ya varios congresos, reuniones. Pero a Laura le gustaba imaginar que lo suyo era más intes-tino. Más recóndito.

– Yo no regreso por nada.

– Yo tampoco–, secundó convencido el hombre. Su masculinidad estaba en juego. Él lo sabía.

Terminaron de comer. Reanudaron la caminata. El dolor. La perversión bien planeada. Laura volteaba insistentemente al cielo en busca de nubes amenazadoras. El peligro real tenía una ventaja: hacía olvidar

JOSÉ MARIANO LEYVA

el dolor que se siente al abandonar. La íntima elección de Laura llegó cuando su vida como mujer estaba representando su papel más común. Un esposo. Una hija. La decisión fue vigorosa. La hizo cambiar de vida. Dejar al esposo. Dejar a la hija. En la renuncia de la maternidad estaba la resignación de la ternura, pero también de una responsabilidad que ella no había elegido. Que otros habían elegido para ella. Su voluntad cercenó uno de los amores más grandes, pero satisfizo su designio de emancipación. El matrimonio como futuro, la maternidad como garante para que el matrimonio se prolongara. Todas intenciones fallidas, por las que ella no había optado.

Cuando cayó la tarde, eligieron una pequeña meseta para instalarse. Parecía que el sol hubiera caído demasiado pronto, anticipándose a su cita. Las gruesas tiendas de campaña eran la única mancha oscura en medio de aquel albo desierto. Quedaban muy pocos segundos para que esa visión terminara. Para que se convirtiera en completa oscuridad. Ya casi llegamos a la cima, pensó Laura. Sintió orgullo. Las decisiones acertadas le daban cierta jactancia. La sensación de sentirse moderna. Y muchas veces podía llegar a esa sensación. Ser moderna. Sin embargo, aún en momentos como esos, algunas coincidencias la ponían al borde de las lágrimas: algún niño ajeno, pequeño, que se quejaba. Que lloraba como reclamándole algo. A ella. Una promesa rasgada. Pero ese tipo de promesas pertenecían a un pasado retrógrado. Lo suyo era buscar la cima. Y para llegar a ella no había otro camino que la independencia.

El breve campamento quedó en pie. Dos casas de campaña, pegadas una a la otra. Se sentaron frente a ellas. El agotamiento se mezclaba con el mal humor. El dolor del cuerpo reducía la alegría de la proeza. Comieron poco. El sentido del absurdo aparecía de vez en cuando. En medio de los efectos de la droga del cansancio, Marcela se preguntaba algunas cosas. ¿Para qué hacer hazañas como esa? ¿Cuál era el propósito? Crear retos que, en realidad, no benefician a nadie. Que sólo buscan ratificar la supremacía del hombre contra su propia rusticidad. La civilización como un cúmulo de actividades sin mucho sentido. Como el recordatorio del miedo que tenemos a ser primitivos.

— Han aguantado bien—, dijo Leonardo a media voz, pensando en alto.

— Tú también—, regresó Laura con inflexiones belicosas para dejar en claro que en esa expedición todos eran iguales.

— No, de verdad, me enorgullezco de haber aceptado venir con ustedes. Tienen más coraje que muchos de mis compañeros.

A oídos de Laura, Leonardo sonaba genuino. Dejó de dudar. Si así de cercana a la cima era incapaz de sentirse contenta, entonces sus renunciaciones no tenían sentido. Estaba a punto de reconfortarse a pesar del agotamiento cuando un trazo de evocación manchó su regodeo. El padre con la hija. Su voluntad había sometido, de invariable manera, el destino de aquéllos. Pero tal vez no estaba mal. Era un error imaginar que un género debe tener siempre una virtud específica. Eso no era moderno. Un hombre era capaz de toda la ternura. Una mujer, de toda la fortaleza. Una hija podía crecer con el apego y la afición masculina.

La historia de los tres alpinistas tuvo una breve pausa. En ese momento nada pasó. Sólo tal vez un relámpago de melancolía que no hizo ruido.

Laura ya comenzaba a sentirse mejor cuando un ruido inconfundible obligó a los tres alpinistas a voltear hacia el cielo.

— Va a caer muchísima aguanieve.

— ¿Crees que las carpas resistan?

— Espero.

Marcela volvió al semblante que el absurdo le provocaba. El alpinismo no era más que una guerra del ego, estaba segura. Sin embargo, era una batalla que no afectaba a terceros. Uno frente a la montaña. El alpinismo era muy parecido a su profesión fallida. Escribir. Idear historias. “¿Por qué demonios te quieres dedicar a eso?”, era la auténtica incógnita de un padre consternado. Pero, al final, Marcela había abandonado su pelea contra la hoja en blanco para volverse alpinista. Era más mérito de Laura que suyo. Ella la convenció. Le habló de voluntades y propósitos que dieran ejemplo. Mujeres deportistas en vez de madres, algo así le había dicho. En realidad, para Marcela, la presión de su padre había sido menor que la de su amiga. Por alguna razón, la voluntad más impositiva la sentía en Laura. Como si en su amiga se sintetizara el *geist* de toda una época.

JOSÉ MARIANO LEYVA

Marcela quería muchas cosas, pero las deseaba en silencio. Marcela sí quería tener hijos. Quería escribir porque le gustaba, no por dar un ejemplo. Pero parecía que no era suficiente. Parecía que era necesario dar ejemplos y subir montañas. Cuando la lluvia comenzó a caer, se dio cuenta de que no se parecía en nada a la de la ciudad. Las gotas eran heladas. Agujas que dolían con su impacto. Los tres alpinistas se refugiaron en las casas de campaña, las mujeres de un lado y Leonardo del otro. La modernidad tenía el poder de hacer subir a las mujeres por montañas, pero no aún el de juntarlas con hombres solteros.

Nadie durmió esa noche. Ni un minuto. El aguanieve no se detuvo nunca. El ruido que hacía era como un recordatorio de la imbecilidad. Primero, la resistencia de las tiendas cedió. El techo empezó a arquearse hasta formar barrigas que tocaban las cabezas de las mujeres. Luego fueron las esquinas de tela. Comenzaron a desaparecer ante el peso de la nieve que ya sepultaba la tienda. Por dentro, la tenue luz de una lámpara, alumbraba la cara de preocupación de las dos mujeres.

— Laura, te dije que mejor regresáramos —amonestó Marcela desde el fondo de su arrepentimiento. Con aquello no se ganaba nada. Se perdía todo.

— No pasa nada, las tiendas aguantan—, fue la endeble respuesta de Laura. A esas alturas, ceder después de haber mantenido su voluntad durante tanto tiempo hubiera sido perderlo todo. Por alguna razón se imaginó la cara de su padre. De su ex-esposo. De su ex-hija. La presencia de la desgracia como un examen de la voluntad. No extrañó a nadie. Se hizo fuerte. Ella tenía la razón. La modernidad.

Pocos minutos después oyeron un ruido precipitado. Luego llegaron las pisadas afuera de su tienda. Cuando Laura abrió la puerta de tela, Leonardo entró y con él fragmentos de nieve. Un viento coagulado casi apaga la lámpara.

— La nieve derribó mi tienda—, les anunció. Su voz logró combinar la turbación y la desesperanza.

Los tres rodearon la lámpara de gasolina prendida. La lluvia regresó implacable, se dedicó a achicar el espacio dentro de la casa. Los tres cuerpos también reducían el espacio. Paradójicamente, el calor comenzaba a ser insoportable. Minutos después sintieron cómo el viento

arrojaba más nieve. La pared de la tienda que daba hacia la montaña comenzó a sepultarse por completo. La nieve se estaba desprendiendo y faltaban pocos minutos para que la tienda quedara aprisionada en un alud. Leonardo no atinaba a decir nada. Era el más experimentado de los tres. Sabía lo que iba a ocurrir. A Laura le regresaron las caras de su otra vida. Era curioso, ya no las sentía como jueces que deseaban examinarla. Laura comenzó a extrañar gente.

— ¿Nos salimos?—, preguntó Marcela.

— No podemos, nos moriríamos de frío en menos tiempo del que creemos—, contestó Leonardo sin levantar la vista.

— ¿Y si nos lanzamos carrera abajo?—, insistió Marcela.

— Si nos lanzamos carrera abajo perderíamos el rumbo, nos tropezaríamos y no nos podríamos levantar—, fue la dura respuesta. Marcela se calló, pero sus mejillas se comenzaron a empapar. Esa actividad no era la suya. Aquello era soberbia pura. Imbecilidad clara. Y ella no la había elegido.

El peso de la nieve ya estaba en la espalda de Leonardo. Era imposible recorrerse: ya no había más espacio. Poco tiempo después uno de los tubos que sostenía el techo cedió ante el peso y cayó.

— ¡Rápido!, ¡paguen la lámpara antes de que queme la tela!—, dijo Laura.

— ¡Por dios santo!, ¿qué demonios vamos a hacer?—, dijo finalmente Leonardo, olvidando ya toda serenidad. Laura también comenzó a llorar. Era el jugo de un limón partido que se llamaba voluntad. Pero lloraba en silencio. Sofocando tantos años de intenciones. Dejándose llevar finalmente. Permitiéndose extrañar. Lloró por la ternura confinada. Por el cariño desterrado.

Los tres ya tenían buena parte del cuerpo mojado.

Marcela comenzó a pensar. No en la nieve. No en el peso. No en la oscuridad que era completa, tanto, que poco importaba tener los ojos abiertos o cerrados. Marcela pensó en algo más. No lo planeó. Le llegó como el acto perentorio de un instinto.

— Les voy a contar una historia—, dijo como si fuera la gran idea que los salvaría.

JOSÉ MARIANO LEYVA

Laura le hubiera reprochado todo. La imbecilidad de la idea. Que siguiera obsesionada con profesiones que difícilmente cambiarán la condición de las mujeres. Pero no lo hizo. Laura estaba muy ocupada en llorar y extrañar.

Leonardo no entendió. Para él, la propuesta le parecía la primera voz de la locura. De alguien que, desesperado por su escenario, comienza a perder la razón.

Laura tenía el camino libre. Nadie se había opuesto. Sin embargo, el silencio de sus amigos, aunado a los espeluznantes sonidos del exterior, la hicieron dudar por un instante. Luego reaccionó: ya estaba bueno de dudas. De que otros llegaran a indicarle qué debía hacer. Se dio valor con una frase que parecía todavía más absurda:

– Sí, para que nos distraigamos un poco.

Luego se dio cuenta que no había nada de absurdo en esa frase. Nada ilógico en la intención de contar una historia a pesar de todo. Sentía que coincidía con alguien más. Alguien que estaba ahí sin estarlo.

Entonces, Laura respiró. Logró cierta solemnidad en medio de aquellas condiciones y comenzó su relato. Un relato que tendría fin, como los anteriores. Laura comenzó a contar la historia de dos viejos amigos, Carlos y Alfredo, que un buen día decidieron ir al norte de la ciudad de México, pues ellos vivían en Coyoacán. Una amistad de finales del siglo XIX.

*

Tenían el dinero suficiente para hacerse trajes de casimir inglés con el sastre que estaba al lado del Hotel Casino. Así que, con un pretexto acordado, ese sábado Carlos y Alfredo salieron temprano de Coyoacán en el tranvía que iba a la ciudad de México. A los costados, los árboles crecían en tierra apisonada. La promesa del futuro animaba a Alfredo. No sólo del futuro inmediato: el traje, la compra acompañado de su amigo de toda la vida. El futuro de su país lo entusiasmaba, el arribo de la modernidad. ¡Poder ir de Coyoacán a la ciudad en menos de dos horas! Su abuelo lo hubiera considerado obra de nigromantes. Alfredo

esbozó una sonrisa satisfecha. Carlos, por el contrario, sólo esperaba el momento de saldar el negocio con la sastrería para luego poder lanzarse al bar más cercano.

— ¿Has oído hablar del último gran invento? —preguntó Alfredo todavía entusiasta.

— ¿Cuál de todos?—, respondió distraído Carlos.

— ¿Cómo cuál de todos?

— ¿A cuál te refieres? ¿A los rascacielos en Nueva York? ¿A la metralleta? ¿Al motor Diesel? ¿A la cocina eléctrica?

— No, no, no. Yo me refiero al *Gran Invento* —contestó con énfasis Alfredo—: el automóvil.

— Ah, ése —, contestó Carlos.

Alfredo creyó escuchar rastros de apatía en la respuesta. Intentó ilusionar a su amigo:

— ¡Ese sí que es un gran invento! Los otros podrán ser relevantes, pero no tienen la importancia del automóvil.

A Carlos le hastiaba un poco tener la misma discusión una y otra vez. Alfredo se dejaba impactar con facilidad por los hombres *sport* y por los inventos del progreso. Era un positivista encarnecido. Confiaba en la técnica sin tener rastro de duda. Carlos prefería otro tipo de innovaciones.

Llegaron a la Gran Ciudad por la calzada de Tlalpan. Bajaron cerca del Zócalo y caminaron hacia El Corte Inglés. Los edificios de hasta tres pisos dejaban escapar un barullo especial. La modernidad en la ciudad sabía a entusiasmo. Al entusiasmo que Alfredo mostraba. Alfredo estaba en sintonía con su tiempo y miraba expectante hacia el futuro. Carlos tenía preocupaciones más inmediatas: necesitaba aquel traje lo antes posible para asistir a la fiesta de gala de *El Imparcial*. Estaba decidido a obtener trabajo la noche de ese día. Iniciar su carrera como periodista. Estaba ansioso por conocer a Ignacio Ramírez, a Manuel Payno.

Mientras ambos amigos se dejaban medir por un sastre de bigote retorcido, Alfredo comenzó de nuevo.

— Deberíamos ir al bar del Casino español, ahí están siempre las mujeres más bellas.

JOSÉ MARIANO LEYVA

– Perfecto. Pero me voy a reservar un poco estos días para estar en óptimas condiciones el día de la fiesta del...

– ¡Otra vez con lo mismo! Esa fiesta estará llena de gente engreída y soberbia. Nada de acción, pura palabrería de filósofos anticuados.

Carlos, sabiendo que era imposible evitar lo de siempre, comenzó él mismo la confrontación:

– ¿Crees que los inventos son todo lo que existe?

– Es lo más importante, al menos.

– ¿Sabes qué te caería muy bien a ti? Una incursión en los textos de John Stuart Mill y Alexander Bain. ¿No has oído hablar de la antropología psicológica?

– Bla, bla, bla—, contestó Alfredo hastiado y elevando los ojos hacia el techo.

En ese momento, Laura comenzó a contagiarse de los sentimientos de su historia. Alfredo le provocó una punzada de irritación. Las personas que siempre van tan seguras de sus decisiones, que tienen todo un andamiaje para justificar sus actos, sus fanatismos.

– No tienes idea del peligro que significa tanta tecnología sin humanismo —, soltó Carlos recordando varias de las posturas filosóficas del momento.

– ¿Peligro en la tecnología? Eres un retrógrada, el progreso te llena de temor.

No. El progreso también le gustaba. Pero hasta cierto punto Alfredo tenía razón. La suficiencia de varios científicos insertaba severas dudas en su cabeza. ¿Por qué no poder ser como Alessandro Volta? Inventar la pila eléctrica lo mismo que tener la humildad como para evitar todo tipo de soberbia.

Prefirió callar. El que estaba a destiempo era él. Siempre acogiendo a escenografías del pasado. Porque su presente le parecía demasiado. Poco humanista. Poco fraterno. Poco sentimental, incluso. Ante aquella elipsis, Alfredo insistió.

– *Rerum novus nascitur ordo*. Un nuevo orden de cosas acaba de nacer, amigo. Es estúpido que no lo veas.

La discusión cesó porque las últimas medidas fueron tomadas. El sastre prometió tener los trajes dos días después, en un acto de extraor-

dinaria eficacia. Los amigos salieron del local y se dirigieron al Casino español.

Adentro todo fulguraba. La luz eléctrica parecía más efectiva que la natural. El tono, se dio cuenta Carlos, era el mismo: alegría que comulga con civilización. Las promesas hechas con determinación para evitar suspicacias. Brillantes como esa luz, como ese gran invento del siglo. La melancolía llegó de nuevo. Pero no como una reacción ante el efecto público o histórico. Como algo más intrínseco. Como si en ese momento de lucidez (crítica, no entusiasta), Carlos se diera cuenta de que tanta civilización y modernidad iban a tener efectos en la conducta de la gente. Más máquinas, pensó. Más desprendimiento. Menos ternura, temió. Más ironía, menos sentimentalismo. Menos capacidad para decir lo que sentimos sin sentir, además, vergüenza.

Ambos bebieron más de la cuenta. Uno para acompañar su entusiasmo; el otro para tranquilizar su angustia. Los whiskys ingleses salían carísimos, y Carlos comenzó a imaginar que Alfredo lo hacía todo a propósito, que era capaz de hacerle gastar todo su dinero esa tarde para que no pudiera regresar a la ciudad el día planeado. En algún momento de la tarde se perdió el decoro.

Los amigos siguieron discutiendo sobre sus diferencias. Pero el tono, empapado en alcohol, salía a veces con humor, a veces con torpe irritación.

Llegó la noche. Para terminar de provocar a su amigo, en algún momento Alfredo gritó a todo pulmón:

– ¡¡Vamos a ver ese dichoso automóvil!!

La gente volteó a verlo, desaprobando el gesto alcohólico.

– ¡Calla ya, Alfredo! Y vámonos que es tarde.

– ¡No me voy! Me quedo. Esperaré en la calle hasta ver el maravilloso artefacto.

Una mujer que los escuchaba –era casi imposible no hacerlo–, se acercó y dijo:

– Ese invento es obra del demonio.

– ¿Ves? Otra como tú –le dijo Alfredo a su amigo, luego dio media vuelta y encaró a la mujer con gestos de caricatura–, señora, permítame que le diga: la gente que le teme al progreso es corta de entendimientos.

JOSÉ MARIANO LEYVA

Mientras se tambaleaba un poco, Alfredo llevó su dedo índice hasta la sien y se dio varios golpecitos.

– ¡Que insolencia!–, dijo la mujer tocándose el pecho alarmada. Dos hombres se acercaron de inmediato. Buena parte del local no quitaba los ojos de aquella escena. Tan poco civilizada, tan humana. Alfredo presintió el grave problema en el que estaban metidos.

– Joven, le exijo que pida disculpas a esta dama–, dijo uno de los caballeros, más por galantería que por auténtica cólera.

– ¡Nada! A la gente que no entiende el progreso no hay que pedirle disculpas, hay que darle cárcel.

La mujer fingió con exageración un síncope.

– Lo conmino a que salga a la calle. Estoy dispuesto a defender el honor mancillado de esta dama–, en la nueva proposición no había rastro de simulación. La rabia de aquel segundo hombre era innegable.

Carlos vio lo peor: Alfredo aceptaba la propuesta y salía decidido.

– Alfredo: detente.

– ¡Nada de eso! ¡Ahora es mi honor el que se encuentra manchado! Eso no lo permitiré.

– ¡El honor es algo estúpido, Alfredo!

– ¡El honor y el progreso! Los dos bastiones de mi vida.

No ceder. No someter un poco el orgullo para que las cosas salgan mejor. No rectificar porque se teme que eso vulnere. Ideas concisas de muchos políticos científicos. De muchos amantes de la ejemplificación. De miembros de matrimonios desarticulados. Ahí si había una constante de la modernidad. La interiorización de la civilizada soberbia, pensaron varias personas a las que les gustaba contar historias. Honor y progreso.

El retador y el retado salieron acompañados de una decena de curiosos. Carlos se quedó. No pensaba ver actos estúpidos de gente estúpida. Era suficiente civilización para él. Desde dentro pudo escuchar la alharaca. Escuchó golpes y gritos. De pronto un ruido infernal. Un ruido que no era humano. Que sobresalía de todos los demás con potencia. Carlos supo de qué se trataba. El famoso automóvil se acercaba al lugar. Se incorporó y salió a la calle. Entonces se dio cuenta de que estaba equivo-

cado: hasta ese momento la modernidad le otorgó una verdadera visión dolorosa.

Alfredo, su amigo, recibió un empujón en medio del fragor de la batalla. Salió despedido y llegó a media calle. El conductor del coche apenas se dio cuenta cuando le pasó por encima. Todo el mundo se quedó mudo. El chofer del auto frenó algunos metros adelante. Se bajó del vehículo. Iba vestido de la manera más elegante. Levita y chistera blancas. Anteojos de protección. Honor y progreso. Fue hacia el atropellado, mientras se quitaba su casco de cuero.

Carlos también corrió hacia Alfredo. Cuando llegó a su lado descubrió sus piernas seccionadas. Un poco más arriba de las rodillas aparecía una línea simétrica que las separaba. Una llanta. El peso del automóvil. La velocidad que alcanzaba. Alfredo estaba despedazado en dos.

– Eso... Ese es el automóvil ¿verdad?–, dijo con mucho esfuerzo.

– Sí, ese es el automóvil–, contestó Alfredo veloz, mientras se hincaba al lado de su amigo. Quería hacer algo aunque estaba seguro de que no se podía hacer nada.

– Es... soberbio, ¿verdad?

Carlos le sostuvo la cabeza con las manos y la puso en sus piernas.

– El progreso... El progreso no se debe negar... Es algo... es...

– Guarda silencio –respondió Carlos, aunque poco importaba ya lo que sucediera.

Alfredo se miró las piernas, la sangre salía sin parar. Descubrió que no le quedaba mucho tiempo de vida.

– El... traje me va a quedar ahora demasiado largo –trató de bromear–, habrá... habrá que achicarlo un poco.

Carlos ensayó una torpe sonrisa.

– Dime algo, Carlos. No me dejes caer en el silencio–, la petición parecía demasiado dramática en boca de su amigo. La desesperanza demasiado real en alguien tan optimista.

Carlos pensó entonces que la república de las letras nunca podría detener la imbecilidad humana. Sin embargo sí podía, al menos, narrarla. Pensó con rapidez. No había mucho tiempo. Su historia sólo tendría un personaje.

JOSÉ MARIANO LEYVA

– Te contaré una historia del futuro. Del futuro que tanto te emociona. Del progreso y la técnica. Es la historia de una persona que vive en un edificio moderno.

– ¿Uno...? ¿Un edificio qué tan moderno?

*

Muy moderno. Tiene más de cuatro pisos. Es blanco y está lleno de ventanales. La arquitectura del futuro, querido amigo, es más plana que la de ahora. Las esculturas, las cornisas y las columnas salomónicas ya dejaron de usarse. Es más funcional. En ese futuro casi todo es más funcional.

– Me gusta ese futuro–, contestó sonriendo Alfredo.

Es, además, un edificio en donde los cuartos son muy pequeños. En este futuro hay mucha gente. Pero a veces es como si no hubiera nadie. La gente se ha dado cuenta de que las relaciones se pueden reducir en favor de la eficiencia. Todo va de acuerdo con esa pauta. Adentro del edificio hay un hombre. Está escribiendo. Los hombres del futuro escriben con modernas máquinas. Efectivas. Multitareas. Son prodigiosos aparatos que, aparte de escribir, reproducen música como el fonógrafo.

Así que nuestro personaje se encuentra escribiendo en su aparato. En la casa no hay muebles. Sólo está ese aparato. Los muebles desaparecieron hace algunas horas. No es que alguien los haya robado. Tampoco es que los hombres del futuro prescindan de las camas o los sillones. Una mudanza se los llevó hace unos minutos. El hombre del futuro ha estado un rato largo abstraído. Levanta la cara y se da cuenta que ya es de noche. El pequeño espacio, entonces, le resulta inmenso.

– ¿Y entonces por qué se queda?–, preguntó Alfredo, preocupado de pronto por otra cosa que no fueran sus piernas.

Porque quiere prolongar su idealismo. Su mundo es tan funcional, tan moderno, tan civilizado, tan independiente que se ha quedado solo. No mucho tiempo antes, su vida era otra. Más anticuada: una mujer. Una

hija. Pero el mundo del futuro insistió en que eso puede ser contraproducente. Además de innecesario. En el futuro, la vida en pareja puede depurarse de vez en cuando. Sin embargo, a nuestro hombre eso le duele. Y eso lo convierte en idealista. Entonces, se siente un poco acorralado y hace otra cosa.

– ¿Qué hace?

Escribe historias. Sabe que no van a solucionar nada, pero justamente en la ausencia de funcionalidad encuentra la esperanza.

– ¿Se puede saber de qué tratan esas historias?

Le gusta el tiempo pasado, así que imagina cómo serían ciertas cosas hace cien años. Cómo un automóvil era un evento extraordinario, y no la cabina en la que habitan solos, durante demasiado tiempo, los individuos. Quiere creer que hace años, todavía era posible enmendar el camino. Un idealista. Un cursi.

– Entonces imagina a un periodista del siglo XIX–, completó Carlos.

– Y también traza al primer atropellado por coche de la ciudad de México–, avanzó Laura.

– Y a una mujer progresista, que se encuentra atrapada en medio de la tormenta–, dijo Luis.

– Y a un escritor, acompañado de sus amigos en medio de un minúsculo pueblo.

Muchos personajes. Muchos problemas.

Y conflictos más grandes que apenas se perciben, aunque sean constantes. Un hombre que, a pesar de tanto futuro, recurre a Gershom Scholem, a leyendas judías para justificar el acto de narrar. Para obtener un poco de mística en medio de tanto desencanto. Tanto pragmatismo. Tanta eficiencia que arruina querencias.

– Y, ¿cómo empieza ese relato?

– Si de verdad quieren saberlo, se los voy a decir:

Este relato comienza con una reunión. Tres personas deseaban ayudar a una cuarta. Los últimos días –que ya sumaban meses–, la vida no se había portado muy bien con Luis. Un divorcio. Una hija de por medio. El exilio de su casa y de toda una vida que Luis imaginaba segura, inamovible. Certera.

©ITAM Derechos Reservados.

La reproducción total o parcial de este artículo se podrá hacer si el ITAM otorga la autorización previamente por escrito.